

ADIOS, AMIGO LUIS

Antonio Barragán Molina
Profesor Historia Contemporánea
Universidad de Córdoba
Enero/07

En Memoria de Luis Sánchez Corral

Hace sólo unas horas, vengo de acompañar a mi amigo Luí, mi querido y admirado compañero profesor Sánchez Corral, en sus últimos y, para todos los que le conocimos, difíciles momentos de paso por este mundo. Por unos instantes o, quizás, durante mucho más tiempo del que yo mismo ahora soy capaz de notar, se me han agolpado una cadena interminable de recuerdos, de vivencias conjuntas sobre situaciones académicas, profesionales y, desde luego, personales en las que, por unas u otras razones, hemos tenido ocasión de reflexionar, discutir, discrepar o coincidir a lo largo de los últimos treinta y dos años de nuestras respectivas biografías, tiempo que hace en el que nuestros caminos confluyeron en la Universidad de Córdoba y, más concretamente, en la antigua Escuela de Magisterio hoy Facultad de Ciencias de Educación.

Aquellos meses iniciales del curso 1975-76 fueron un tiempo en el que, en su horizonte, se anunciaban profundos cambios políticos y sociales en nuestro país y en los que se manifestaba la absoluta incapacidad del estado franquista y de sus instituciones y, desde luego, de las educativas y universitarias para dar solución a las ansias de cambio democrático que demandaba la sociedad española. Coincidió con Luí, pues, junto con otros colegas que nos incorporamos durante aquel curso a nuestra Universidad, a poner nuestro “granito de arena” en aquella ilusionante tarea en la que, a su manera, se implicaron igualmente importantes sectores de la sociedad española y cordobesa. Y es evidente, y quienes guardan algún testimonio, algún recuerdo de la pequeña historia de nuestro centro, la entonces Escuela de Magisterio, pueden refrendarlo, que a algunos y a Luí también, aquel protagonismo no tardaría en acarrearle las graves consecuencias que los regímenes en los que la falta de libertad y el funcionamiento antidemocrático, aunque estuviesen en sus últimos momentos, eran la pauta normal de su funcionamiento aplicaban a los “díscolos”, a los discrepantes, a los “políticamente incorrectos” o a quienes se atrevían a cuestionar el “orden establecido”.

De todas formas, más que referirme a aquella coyuntura que contempló los difíciles inicios de nuestra trayectoria profesional en esta Universidad, yo querría dar en estas breves líneas un testimonio no sólo de la profunda honestidad, del buen hacer intelectual y académico del profesor L. Sánchez Corral, un universitario que sin dejar de atender, ni mucho menos, las tareas docentes, de investigación y de gestión de las que durante más de estos treinta años sobradamente ha dejado muestras, no abandonaría, todo lo contrario, otro tipo de ocupaciones igualmente universitarias, institucionales y sociales que dicen mucho de su talante, de su sistema de valores, de su compromiso y de su propia concepción de la enseñanza y de la propia institución universitaria: ahí están generaciones de maestros diseminados por la geografía provincial o regional que pueden testimoniarlo, ahí están multitud de colegas, sean o no de su área de conocimiento, para refrendarlo.

No se si complemento o, tal vez, parte muy importante de su actividad han sido durante estas más de tres décadas, por ejemplo, su preocupación por las cuestiones de extensión universitaria desde su propia llegada a nuestra ciudad, de su responsabilidad en la creación del teatro universitario, de su reivindicación teórica y práctica de la obra de otros “díscolos”, tales como Valle Inclán, Martín Recuerda, Ionesco, Artaud, etc., que tanto tenían que aportar en la construcción de una “nueva cultura crítica” y ello, precisamente, en unos momentos en los que el “páramo cultural” de nuestra institución sólo era transitado, las más de las veces, por los “concursos de tunas”, “cruces” y otros inefables eventos de aquella nuestra

universidad de mitad de los setenta. Y esta importante función de “extensión cultural”, manifestada con la difusión de sus montajes teatrales, no sólo en las aulas y centros universitarios, sino en las plazas de los pueblos y de los barrios de Córdoba, en su colaboración continua con las nuevas instituciones democráticas, en una tarea que recuerda, me consta que él lo tuvo bien presente, el compromiso de los intelectuales republicanos de los años treinta, es una expresión de su concepción de la cultura como algo transformador y crítico y cuya socialización debe, necesariamente, proyectarse hacia la mejora del conjunto de la sociedad. O, desde otro punto de vista, habría que incidir en su propio compromiso político y sindical que le llevaría, desde su temprana militancia en la sección sindical de CC.OO. de Universidad, a formar parte de la primera Junta de Personal configurada tras el reconocimiento del derecho de representación al profesorado universitario.

Cuando el próximo lunes volvamos a las aulas de nuestra Facultad y nos sumerjamos en el día a día de la vida universitaria, en la “normalidad académica”, nos sentiremos un poco extraños, ciertamente más tristes y ya no podremos, esperanzados, hacer la pregunta a Lucas, a Antonio, a Ángel, *¿Qué sabes, como está hoy Luis?*. Sencillamente nos incorporaremos, la mayor parte de nosotros, sintiendo un importante vacío, un hueco que difícilmente podrá ser ocupado. Sin embargo, y con ello finalizo estas líneas de reconocimiento a un gran universitario, en estos momentos en los que, por otras razones que ahora no son al caso, el debate intelectual de la relación entre Memoria e Historia está tan vivo, no puedo dejar de reconocer que la memoria de nuestro compañero Luís Sánchez Corral, independientemente del proceso selectivo que conlleva el primero de estos dos conceptos y que cada uno de nosotros pueda realizar en la imagen que Luís nos deja, su propio compromiso ético e intelectual se ha convertido en una parte muy importante de la “pequeña historia” de nuestro centro y, creo, que de la propia Universidad de Córdoba. ¡¡ Adiós, amigo Luís ¡¡.